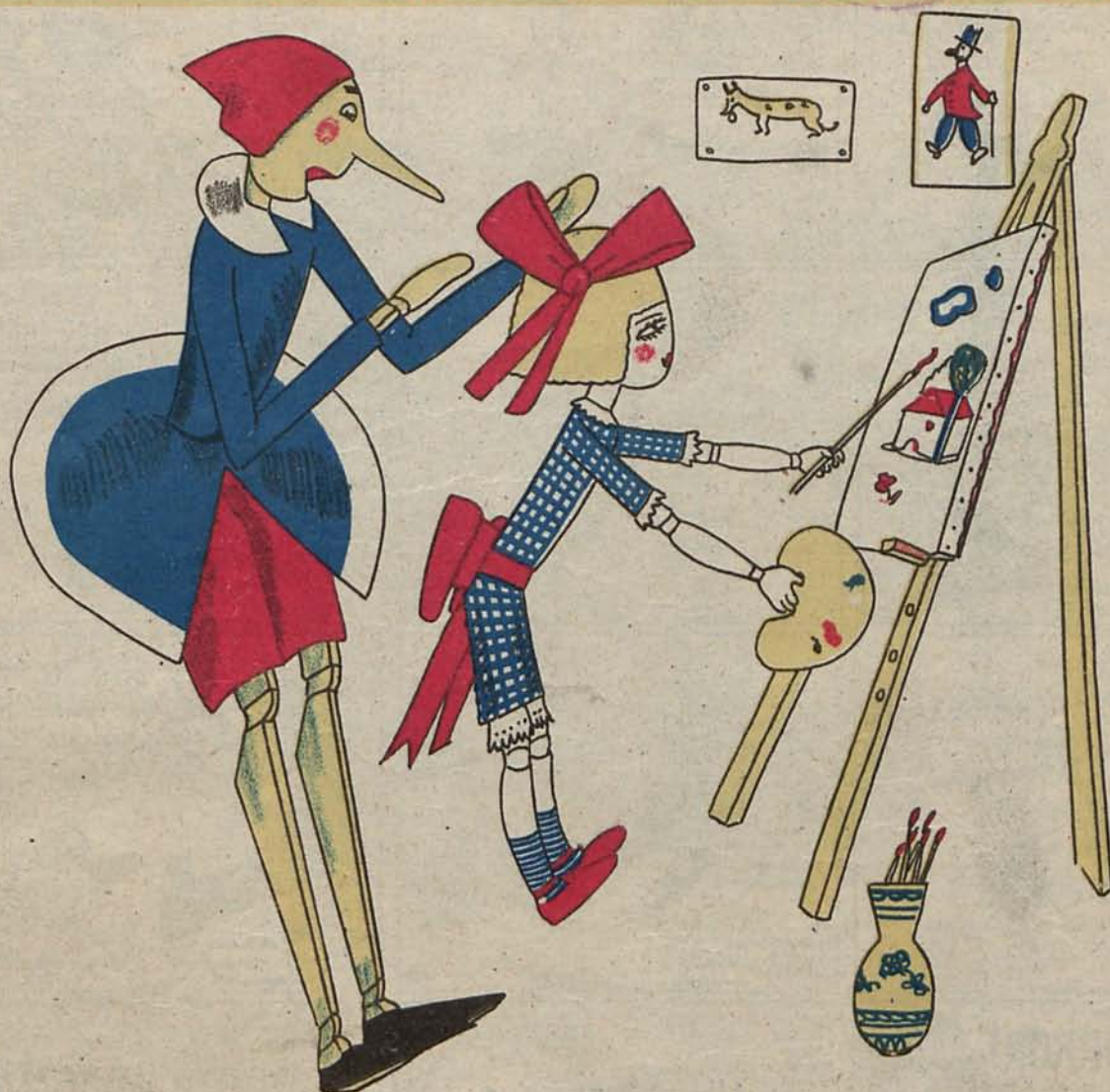


PINOCHO

AÑO. III
NUM. 145

25 cts

27 NOVIEMBRE
1927



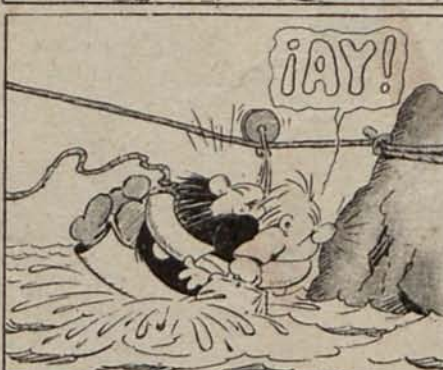
- ¿PERO PINTAS CON LA MANO IZQUIERDA, PIRULA?
- ¡SÍ!
- ¿Y COMO ES ES?
- ¡PORQUE DE LA MANO DERECHA SOY ZURDA!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



EN EL PAÍS DEL ORO

CUENTO POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

Al cabo de cierto tiempo debía darse a la artesa un golpe seco, que hacía saltar afuera todos los residuos, golpe que sólo los viejos mineros sabían dar.

El oro, como más pesado, permanecía en el fondo, y una vez terminada la operación se podía, no sólo verlo, sino valorarlo sin necesidad de tenerlo que pesar.

Los dos americanos, curtidos en el oficio, eran de igual fuerza en aquellas operaciones muy delicadas.

Los primeros lavados habían dado en seguida frutos inesperados. Aquellas arenas eran realmente de una riqueza prodigiosa, capaces de transtornar la cabeza al bueno de Martín.

Al anochecer, los mineros habían recogido oro por valor de treinta mil liras, o sea casi un kilogramo de polvo.

Martín—dijo el viejo John—, volverás a tu país rico como un Creso.

¡Ya podéis imaginaros los sueños que tuvo aquella noche el valeroso muchacho! La casa, el campo y el ganado, ya no le parecía bastante. Se creía dueño, además, de todo el pueblo y de todos los campos y huertas de los contornos.

En los días siguientes, Martín y los dos americanos continuaron lavando con encarnizamiento inaudito.

Las arenas del río eran cada vez más ricas. Además del precioso polvo, contenían no pocos granos de oro, gruesos como guisantes, llamados pepitas.

Los buscadores habían excavado en una roca un hueco profundo y allí acumulaban su tesoro, por miedo que durante su ausencia no entrase alguien en la tienda a robárselo.

Habían transcurrido dos meses y habían recogido oro bastante para enriquecerles a todos, cuando una noche Martín, mientras soñaba que había comprado todas las casas de su pueblo, fué despertado bruscamente por un grito desgarrador

que parecía venir del punto en donde había escondido el tesoro.

Asustado e inquieto se había levantado de repente, llamando a John, por el cual había sentido siempre un particular afecto.

Con gran asombro suyo nadie respondió. Parecía que en la tienda no había nadie.

Su primer pensamiento fué para el tesoro escondido en el

huevo de la roca.

—¡Habrán los bandidos asaltado a mis compañeros! —exclamó.

Martín no era miedoso. Armándose de un revólver, lanzóse fuera de la tienda, gritando

—¡John! ¡John! ¿Dónde estás?

Un gemido que venía de la parte de la roca fué la respuesta.

Dirigióse hacia allá y tropezó con un cuerpo humano que se retorció junto a las rocas.

—¿Quién es usted? —gritó, apuntándole.

—Soy John —murmuró con voz débil.

Era en verdad el viejo minero; ¡pero en qué estado! Una tremenda cuchillada le había

abierto el vientre, y la sangre le salía a borbotones.

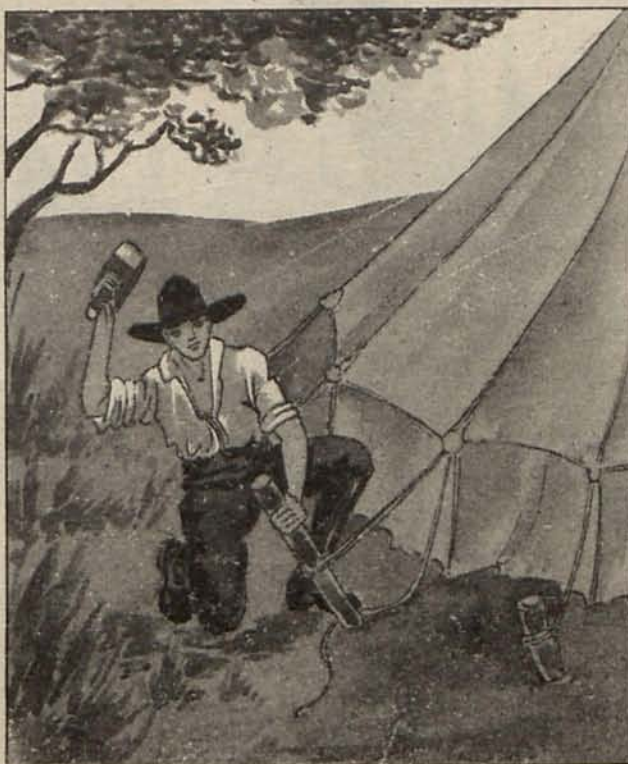
—¿Qué le ha pasado, John? —gritó Martín aterrado. —¿Los bandidos, quizá? —¿Dónde está nuestro compañero?

—Robados... hemos sido... robados —gemía el desgraciado.

—¿Por quién?

—Por nuestro... compañero. Le había oído levantarse y en seguida me asaltó la sospecha de que quería robarnos. Me eché encima de él como un tigre y me ha herido de este modo... Martín... para mí todo se acabó... déjame morir... y tú... corre... en seguida... córrale detrás...

—No os dejaré, amigo mío—replicó el buen muchacho,





conmovido hasta el punto de saltársele las lágrimas.—Quizá la herida no es mortal.

Huye —murmuró el americano—. Se ha llevado el oro y los víveres... huye si tienes apego a la vida.

—No, no os abandonaré. Vuestra vida vale más que mi parte de oro, y no cometeré jamás una acción tan villana.

Levantó al americano, llevándolo a la tienda, pero durante el trayecto el desdichado, ya exangüe, cesó de vivir.

Martin sentóse a un lado, llorando silenciosamente.

¿Qué sería de él allí solo, sin víveres, sin nada y tan lejos de los puntos habitados?

Arrepentíase bien amargamente de haber dejado el tranquilo país que le había visto nacer, para marchar a aquella tierra infestada de bribones, convertidos en malvados por la fiebre del oro.

—Mi sed por este funesto metal me ha castigado —murmuraba.

Al amanecer, cuando salió el sol, hizo el inventario de todo lo que quedaba en la tienda.

El bribón que había asesinado tan villanamente a su compatriota para apoderarse del tesoro, habíase llevado también el mulo, todos los víveres y los fusiles.

Al pobre Martin no le había dejado más que unas cuantas galletas, apenas suficientes para vivir tres o cuatro días, y el revólver, porque quizá se olvidó de quitárselo.

—Ya veo cuál será mi destino —se dijo el pobre joven, secándose las lágrimas.— Moriré de hambre en medio de los bosques y los osos se comerán mi cadáver. ¡Maldito sea el país del oro!

Pero no quería sucumbir sin luchar. Excavó una fosa, enterró al americano después de haberlo envuelto en un pedazo de la tienda, echóse a la espalda una manta y una vasija, se colgó el revólver del cinturón y dió un triste adiós al río de las arenas de oro.

Antes de alejarse tuvo, sin embargo, la feliz inspiración de registrar el hueco que había servido de escondrijo al tesoro.

No tuvo que arrepentirse. El ladrón, en su prisa, había de-

jado en el fondo no pocas pepitas y unos cuantos puñados de polvo, quizá un kilogramo del precioso metal.

—Por lo menos me servirá para regresar a mi querida Italia, si Dios me concede la gracia de llegar hasta el mar —se dijo Martin.

Escondió el oro en un cinto que llevaba oculto bajo la camisa, echó una última mirada a la tumba del americano y se puso valerosamente en marcha, decidido a luchar desesperadamente antes de caer. Recordaba de un modo vago el camino recorrido para llegar al río, y creía no extraviarse.

—Me guiaré con el sol —se había dicho—. Es preciso caminar siempre hacia Poniente y atravesar tres cadenas de

montes. Quizá encuentre algún grupo de buscadores de oro, de regreso hacia la costa.

El muchacho era un buen andarín y muy robusto, y se internó sin más por el inmenso bosque de pinos, andando lo más de prisa que le era posible.

Al medio día se detuvo un momento en la orilla de un pequeño torrente, en cuyas márgenes crecían unas hierbas comestibles, de las cuales cogió unas puñadas para comerlas con una galleta, y emprendió de nuevo la marcha, dirigiéndose siempre hacia Poniente.

El país parecía desierto. No se veían pájaros, ni animales de ninguna clase; y en cambio sólo había pinos inmensos, y

más pinos y siempre pinos, sin variación alguna.

Aquel silencio y aislamiento producían, sin embargo, una penosa impresión en el valiente muchacho.

Vagos temores empezaban a asaltarle, temores que de cada momento se hacían más intensos.

—Cualquiera diría que este no es el país del oro, sino el de la muerte —decíase.

Al llegar la noche hizo alto junto a un gran árbol. Estaba tan cansado que no podía tenerse en pie, por haber seguido andando hasta ponerse el sol. Las tinieblas que descendían rápidamente le aterraron.

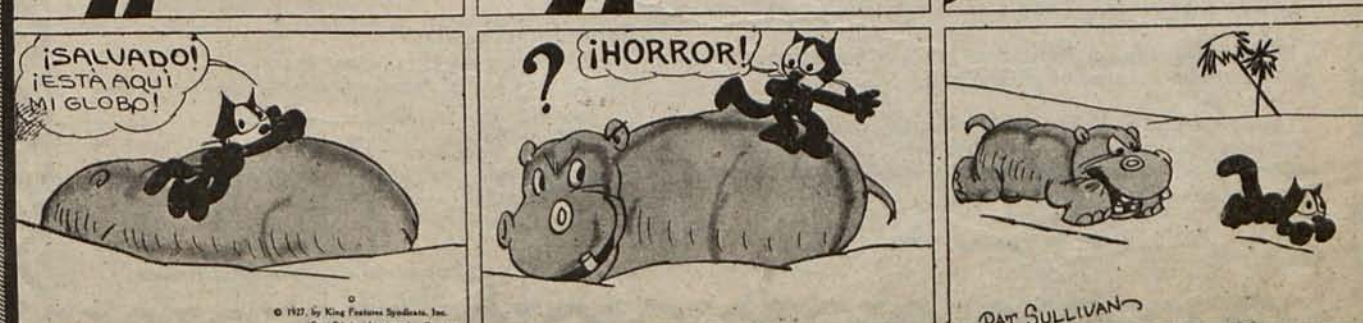
(Concluirá en el número próximo.)



LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



© 1927, by King Features Syndicate, Inc.
Great Britain rights reserved.



EL TORPEDERO DE PRESA

Por A. M. GIANELLA

(Continuación.)

Nuestros amados súbditos saben cuánto ha hecho por la libertad de la patria y salvación de su soberano, por lo que decretamos que le sean tributados aquellos honores y que goce de aquellas preeminencias que por natural derecho son debidos a Nos.

III

Decretamos que nuestro reconocimiento y el del pueblo de Tamini para sus valientes marineros será imperecedero, y que como recompensa nacional sea concedida a cada uno de ellos la suma de cinco mil rupias, etc...»

La tarde de aquel día memorable, que fué el 7 de junio de 1898, Rodolfo de Barenval volvió a bordo de su torpedero y encontró a su gente sumamente alegre por aquella inesperada fortuna.

—¿Estáis contentos?— les preguntó.

—Contentísimos.

—¿Qué dicen el maquinista y los otros tres ingleses?

—Aceptan el premio— contestó Maurical— y consienten en seguir a bordo, con la condición de figurar como prisioneros y amenazados de pena de muerte...

El capitán echóse a reír.

—¡He aquí el medio de conciliar el interés con la propia conciencia— exclamó—. ¿A que no hay ninguno de vosotros que piense en abandonarme?

—¡Por vida de un malayo!— rugió Collap, enseñando los puños—. Sería cap de acoger al primero que se atreviera a hacerme una proposición semejante.

Todos los demás se unieron a él para protestar enérgicamente.

Rodolfo de Barenval escuchó con gran calma, y después de conseguir el silencio, dijo:

—Amigos míos, un caso extraordinario nos ha hecho encontrar lo que para nosotros era más necesario, teniendo en cuenta muchas futuras operaciones: una base de suministro y un puerto de refugio. ¿Por cuánto tiempo lograremos conservar estas ventajas? Lo ignoro; pero os voy a dar un consejo. Si en alguna ocasión, alguien os señalase un hombre y os dijese: «¡Mirad, ahí va el arung Sadharah!...», no titubeéis, amigos míos, atacad a aquel fiero malayo, matadlo, destrozadlo cual si fuese una serpiente venenosa, porque se ha convertido en nuestro peor enemigo, y no perderá ocasión de vengarse y perdernos a todos...

Callóse el capitán y se alejó, dejando a sus compañeros mudos e impresiodados; bajó a su camarote y se echó en la cama.

Estaba cansado y encontrábase triste y pensativo después de todos aquellos acontecimientos.

¿Por qué?

Porque sentía en el corazón el invencible presentimiento que invade a menudo a los que suben vertiginosamente los escalones de la fortuna: ¡el presentimiento de una trágica e imprevista caída!

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE

Retorno de la ahogada.

I

Quiénes eran Chicottry y su misterioso visitante.—Diálogo extraordinario.—El retrato de una antigua amistad.—Otro malayo.—A la caza del falso Germán Veruet.—A bordo del Octavia.—Efecto de un nombre.—Más conocidos!—Maud Campbell.—¡Pronto, a París!

—¿Es usted Chicottry?...

—Agente de policía para servirle.

—Gracias. Hace mucho tiempo que le estoy buscando.

—¿A mí?

—A usted. Tengo que comunicarle cosas importantes.

—Haga usted el favor...

Y el agente Chicottry hizo pasar a su visitante a un gabinetito amueblado con extrema sencillez, en la planta baja de la delegación de policía del puerto de El Havre, en Francia.

Chicottry era un hombre de cuarenta años, moreno, bajo, todo piel, huesos y nervios, de rostro astuto e iluminado por unos ojos penetrantes que escudriñaban el alma y hacían subir el color a la cara; uno de aquellos agentes que a la primera mirada saben discernir que fulano es un ladrón y Zutano un perfecto caballero.

Una vez los dos en la salita, Chicottry cerró la puerta, señaló una silla al desconocido, acomodóse a su vez junto a una mesita llena de cartas y observó a su interlocutor.

Era un hombre alto, de edad incierta, que lo mismo podía tener treinta y cinco que cuarenta y cinco años; vestido correctamente de buen paño negro, a la moda francesa, con un sombrero gris de amplias alas que dejaba en sombra su rostro huesudo, anguloso, moreno aceitinado, con dos ojos negros y brillantes, separados por una nariz aguilena, que daba a toda su cara un aspecto de ave de rapiña.

El agente de policía cumplió a toda conciencia su rápido examen, y como conclusión pensó:

—Probablemente es un canalla de primer orden; seguramente es un mal educado, pues permanece cubierto o... Pronto, veamos qué es lo que quieres.—Y añadió en alta voz:

—Su nombre, si le place.

—Permítame que me lo calle, por ahora.

—Sea, pero no puedo escucharle sin hacerle ciertas preguntas.

—Hágalas.

—Usted no es francés.

—Es verdad.

—Y ni siquiera europeo.

—¿Cómo lo sabe?

(Continuará en el número próximo.)



QUÉ QUIERES SABER HOY?



—He pasado un feliz día de campo, querido buho. Te voy a enseñar varios ejemplares de flores que he cogido para aumentar mi colección; una mariposa de gran tamaño y un bicho bastante feo, pero que ha despertado mi curiosidad por el sinnúmero de patas que tiene. He querido contarlas, pero no lo he llegado a conseguir.

—Ya me figuro qué bicho es, querido Chonón.

—Mira, aquí tienes todo lo que he traído. Fíjate en este gusano. ¿Ves cuántas patas tiene?

—Como que es un *miriápodo*.

—*Mira* quiere decir diez mil, y *podo*, pie, ¿no es eso?

—Exactamente.

—Luego este gusano tiene diez mil pies.

—No tantos, Chonón. El nombre de *miriápodos*, con que se les designa, quiere solamente significar que son animales que tienen muchas patas, pero no precisamente diez mil. Este que tú me enseñas es una variedad que se llama *ciempiés*, lo cual tampoco quiere decir que tenga tantos. Seguramente que no tendrá más de diez o doce pares de patas.

—Pues, si te parece, hoy vamos a dedicar nuestra charla a estos animalitos.

—Me parece muy bien, curioso Chonón. Ya sabes que lo mismo me da hablar de una cosa que de otra, con tal de dejar satisfecha tu curiosidad, que, por cierto, es mucha.

—Pero no tanta como tu sabiduría.

—Los *miriápodos* son animales de patas articuladas, como la araña. Tienen la forma de gusanos con cuerpo muy alargado. El más conocido es el *ciempiés* común.

—Este que he traído yo, ¿verdad?

—Ese mismo. Viven debajo de las piedras, en los surcos de las cortezas de los árboles o en otros sitios donde haya oscuridad.

—Será porque les moleste la luz.

—Estos animales son casi todos ciegos o, cuando más, distinguen solamente la diferencia entre la luz y la oscuridad. En sustitución de los ojos emplean dos largas antenas que les sirven de guía para caminar y de tacto muy sensible para encontrar sus presas.

—¿Pero es que son carnívoros?

—Los *ciempiés* lo son todos. Se comen a todos los gusanos e insectos que encuentran a su paso, y de aquí que, aun siendo un animal de aspecto tan repulivo y su picadura muy molesta, sea beneficioso para la agricultura.

—Entonces no deben matarse, ¿no es eso?

—Bajo el punto de vista agrícola, no; pero como animal perjudicial por su picadura, sí. Es venenosa y, por tanto, muy dañina.

—Pero no lo será tanto como la del alacrán.

—No es picadura capaz de causar la muerte de un hombre, pero sí de producir dolores vivísimos. En las casas de campo es frecuente encontrar *ciempiés* escondidos dentro de las camas, en las botas y en otros sitios donde se ofrece alguna oscuridad.

—No me digas eso, amigo buho, porque me va a dar reparo hacer esas excursiones campestres que sabes que tanto me gustan.

—No veo el motivo, Chononcito. Para algo tienes los ojos. ¿No te da miedo en la ciudad que te atropelle un automóvil?

—Claro que sí; pero para eso tengo buen cuidado de mirar antes de cruzar la calle.

—Pues guarda tus cuidados también en el campo, y no te pasará nada. Yo he pasado casi toda mi vida en el campo y no he sufrido nunca la picadura de ningún insecto.

—Bueno, volvamos a nuestro tema. ¿Hay *ciempiés* más grandes que éste que yo he traído?

—En América del Sur hay una variedad que alcanza una longitud de cerca de cuarenta centímetros. Estos son los más venenosos. Su tamaño está en relación con su fuerza y con su atrevimiento, pues los hay que atacan a lagartos de mayor tamaño que ellos.

—¿Y cómo se las arreglan para atacar a su presa?

—Se enroscan al cuerpo de sus víctimas de forma que no es fácil desprenderse, pues se adhieren fuertemente con todas sus patas y por el sitio más vulnerable clavan sus mandíbulas y devoran su presa. Los *ciempiés* tienen cuatro pares de mandíbulas muy fuertes que les permiten triturar huesos como los del ratón. En el parque zoológico de Londres ha habido un ejemplar que se alimentaba de ratones.

—Claro que esos de que tú hablas no serán como este pequeño bicho que yo he cogido, porque este animalito me parece que es incapaz de matar una mosca.

—Me refiero a los de tamaño grande. Hay otra variedad, llamada *geófilo*, que vive en la tierra, como las lombrices. Construye viviendas en forma de largas galerías subterráneas y ataca también a gusanos y lombrices de tamaño muy superior al de ellos. Todos estos *miriápodos* ofrecen una particularidad que no deja de ser curiosa.

—Déjame que observe mi ejemplar, a ver si la descubro.

—Desde luego no la verás, porque tú mismo me has dicho antes que no has podido contar las patas que tiene, y la curiosidad a que me refiero está precisamente en las patas. Es decir, en el número de patas. Este número parece a simple vista que ha de ser un número par, ¿verdad?

—Eso parece lo natural. Si en cada segmento hay un par de patas, es lógico pensar que el total será un número par.

—Pues no es así. No hay ningún *miriápodo* que tenga diez, doce o veinte pares de patas, sino números impares, como once, quince o las que sean. Esto obedece a que uno de los segmentos tiene a un lado una pata y al otro ninguna.

—¿Si que es curiosa esta irregularidad; ¿y tú sabes a qué obedece esto?

—Ni yo ni ningún naturalista podemos explicar la causa de este fenómeno. En la creación todo tiene su porqué, y el hombre, cuando no puede explicar el de algún fenómeno, lo atribuye a capricho de la Naturaleza; pero todo lo creado responde a una necesidad que podremos ver o no ver por nuestros alcances, pero que subsiste. Así, que esa curiosidad de ser impar el número de patas de los *miriápodos* diremos que es un capricho de la Naturaleza.

—Que es algo así como no decir nada.

—O quizá lo mismo. También he de citarte otra especie de *miriápodos* llamada *milpiés*, que se distingue de los otros en que no tienen glándula venenosa y sólo tienen dos pares de mandíbulas.

—No podrán entonces triturar huesecitos, como los *ciempiés*.

—Ni tienen necesidad de ello, porque no son carnívoros. Comen solamente vegetales. Son inofensivos y cuando se les toca se enroscan rápidamente en forma de espiral, y hay una especie, llamada *glomeris*, que se convierte en una bolita lo mismo que hace la cochinilla de humedad. Es un procedimiento de proteger el cuerpo con el propio cuerpo; claro que a falta de otras defensas más prácticas.

—¿Esa cochinilla de que hablas es también *miriápodo*?

—No, curioso Chonón. La cochinilla pertenece a otro orden animal completamente distinto. Las cochinillas son crustáceos, lo mismo que las langostas de mar y que los cangrejos.

—He visto la cochinilla algunas veces y he podido observar que en cuanto se la toca se convierte en una bola, pero no sé nada de su vida y costumbres. Tienes que contármela, amigo buho.

—Pero hoy ya no, porque es tarde. Habrá que dejarlo para otro día.

—Lo siento; pero si no hay otro remedio, qué le vamos a hacer.

—Sí, hay que dejarlo.

—Pues, adiós buho.

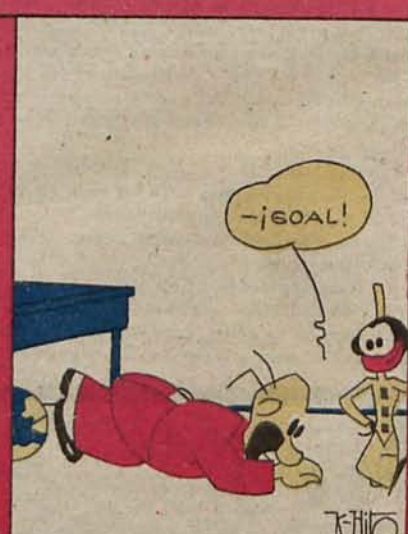
—Adiós, Chonón.



No dejes de leer la próxima semana el nuevo episodio de la emocionante historieta "POLITO EN LA CIUDAD DE ORO"



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



K. FLO



POLITO EN LA CIUDAD DE ORO



CUENTOS DE CALLEJA

LA MENTIRA MAS GRANDE

Cashillo



N rey tenía una hija, a quien deseaba casar; pero esta hija, joven y hermosa, no tenía deseos de contraer matrimonio.

Tenía la princesa multitud de pretendientes, jóvenes y apuestos caballeros de la corte de su padre. Entre todos ellos sobresalía un gallardo doncel, señor de uno de los más fuertes y hermosos castillos del reino y de la más rica de sus comarcas.

Fueron tantas las instancias del padre para que escogiese esposo entre los caballeros que habían pretendido su mano, que la joven no se atrevió a desobedecerle, y cierto día que el padre le proponía resueltamente la cuestión del casamiento, le respondió:

—Pues bien, padre mío; me casaré, puesto que esa es tu voluntad, pero con una condición.

—Díla.

—Que los caballeros que deseen casarse conmigo han de celebrar un torneo, al cual, en vez de lanzas han de llevar una granada que, corriendo a todo el galope del caballo, han de comer sin que se les caiga un grano.

—Eso es imposible.

—Pues han de hacerlo si quieren casarse conmigo.

Celebróse el torneo, y el doncel apuesto, que era el más enamorado, comió grano a grano su granada sin que cayese al suelo uno solo de aquellos; pero, por su desgracia, habíasele caído uno en la barba, que recogió con la misma cara antes de caer al suelo.

Tomó de aquí pretexto la princesa para decir que ninguno había cumplido las condiciones del torneo, y luego añadió, en vista del desagrado que causó aquella disculpa, que se casaría con el que, noble o plebeyo, le dijese la mayor mentira.

Acudieron muchas gentes de todas partes, dijeronle mentiras muy ingeniosas; pero no superaban a las que la princesa proponía.

Presentóse una tarde un pastor desarrapado, sucio y un tanto mal encarado, diciendo que iba a proponer a la hija del rey la mayor de las mentiras para casarse con ella.

Recibióle aquella rodeada de su corte, y antes de comenzar preguntóle:

—Dime, buen hombre, ¿por qué eres tuerto?

—Esa es una historia que habré de contar a vuestra alteza antes de decir la mayor de las mentiras que se han dicho en el mundo. Así, pues, con su venia se la voy a relatar.

«Yo, señora, soy pastor; guardando cabras estaba no ha mucho en el monte cercano cuando sentí unas fuertes patadas en la espalda; volví la mano y cogí una pulga tan grande, que, después de muerta, en su pellejo, que sequé al sol, podían ponerse dos arrobas de aceite.

»En el monte había cogido el año anterior dos solas aceitunas, que me habían producido una arroba de aceite cada una, aceite que tenía aún en el molino, por no tener odre donde echarlo.

»Puse el aceite en el pellejo y fui-me al pueblo más cercano a venderlo. Casi a la entrada, y no lejos de las primeras casas, encontré a un hombre que tenía unas gallinas que ponían huevos, y de éstos salían unos pollitos muy crecidos y hermosos.

»Propuse al dueño de aquellas gallinas tan singulares el cambio de mi aceite por una de ellas, y aceptó. Volví al monte con mi gallina, y a la hora tenía ya mi corral tan poblado como el de un rico labrador.

»Uno de los pollos salió del huevo tan listo y hermoso, que a los dos minutos era mayor que un borrico, cosa que me agradó, pues así tendría en

qué montarme cuando llevase a encerrar el ganado. Montéme en él para ver si resistía mi peso, y ¡cuál no sería mi sorpresa cuando vi que ya no podía bajarme del pollo, pues era más alto que las más altas montañas! Tanto creció, que de pronto sentí un gran golpe, como si hubiera tropezado con algún techo. Miré y vi que había tropezado con las puertas del cielo, que sin duda por descuido habían dejado abiertas.

»Entré y lo vi todo. Había allí grandes cosas, con las que pasé un gran rato muy divertido.

»Andando, andando por allí me encontré de manos a boca con San Pedro, que al verme me dijo:

»—¡Desgraciado! ¿Cómo lograste entrar aquí? Vete ahora mismo, antes que tengas que arrepentirte de tu atrevimiento.

»Contéle mi cuita al bueno del apóstol, y del taller





de sastrería trajo un ovillo de orillos anudados unos a otros, que dejó caer, diciéndome que me deslizara por ellos sin cuidado.

»En efecto, me deslicé por él, pero con tan mala suerte, que aún me faltaban diez varas para llegar al suelo; pero me resolví a bajar de un salto, por no estar colgado de la punta toda mi vida. Al saltar en tierra caí de cabeza e introduje ésta en una hermosísima sandía que cogí debajo.

»Hice un esfuerzo y penetré en aquel hermoso fruto, que según mis cálculos tendría ochenta varas de diámetro, y como echara de menos la navaja, me puse a buscarla por todas partes. Encendí una cerilla, y luego otra, y por fin toda una caja, sin lograr que pareciera la herramienta.

»Rendido de cansancio, me senté en una pepita tamaño como una catedral, y allá estaba descansando cuando oí un ruido formidable; presté atención y me pareció que algo así como un gran moscardón daba vueltas alrededor de la sandía.

»Procuré llegar a fuerza de bocados hasta la corteza, y allí clavando las uñas en la cáscara, logré, después de seis meses de rascar, abrir un agujero, por donde escapé.

»Mas quiso mi mala fortuna que un pájaro muy grande, como de unas trescientas varas de largo, me enganchara con la cola, y me llevó por los aires con una velocidad prodigiosa.

»Y me río yo de la altura a que llegaron Don Quijote y Sancho caballeros sobre su *Clavileño*. No sólo llegué a la región del fuego, sino que incluso me paseé por la región de los vapores y por la esfera donde se engendran los truenos. Un continuo zumbido me acompañó durante todo mi viaje y casi estuve a punto de asfixiarme.

»Pregunté a una golondrina que pasó por mi lado qué clase de pájaro sería aquel que me llevaba por los aires, y me dijo que era algo así como un aeroplano o aerocurvo, no recuerdo bien.

»Por fin, al descender a tierra, me dejó caer en una rosa más grande que una casa.

»La tal rosa era de lo más maravilloso que puede verse; con cada una de sus hojas podría formarse un toldo que prestase sombra a toda la tierra, y aún sobraría tela para uniformar a cuantos ejércitos existen.

»Con sus estambres podrían construirse los palos de todos los navíos y

suministrar a las naciones maderos para los telégrafos. Su tronco era tal, que en veinte años no podría aserrarle una máquina de cinco mil caballos de fuerza.

»No recuerdo bien si tardé diez meses o diez años en recorrer el espacio que había de salvar para llegar al suelo; lo que sí tengo bien presente es que a la mitad del camino se me rompieron unas botas de suela comprimida que me había hecho uno que nunca había sido zapatero, y para construir las cuales había empleado la piel sin curtir de ochenta bueyes.

»Tampoco se me olvida que logré escapar de allí agarrándome a las espinas con pies y manos, logrando descender hasta el suelo, mas con suerte tan contraria que resbalé y caí, clavándome en un ojo una espina que no tendría menos de treinta varas de larga.

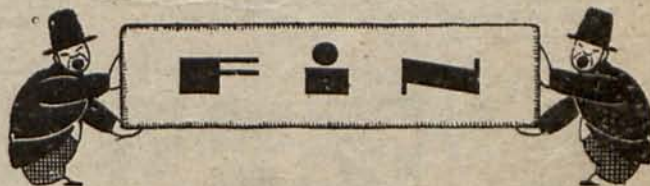
»Esa ha sido la causa de que perdiera un ojo; por eso soy tuerto; si perdiera los dos no hay duda que fuera ciego.

»Ahora, si vuestra alteza quiere, podemos ir a lo de la mentira, que prometo ha de ser tan satisfactoria para vuestra alteza cual pudiera ambicionarla.

—No sigas, no sigas, pues lo creo completamente ocioso. Si para una pregunta sola has dicho tan grandes, tan colosales, tan monstruosas mentiras, ¿cuáles no inventarás luego? Nos casaremos, amigo mío, nos casaremos, puesto que el matrimonio es el premio prometido.

—Pues bien, señora; yo ni soy tuerto ni soy pastor: soy el caballero que se comió los granos de la granada sin que se le cayera uno solo. Pero ahora creo que cumpliréis la promesa.

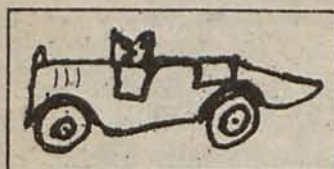
Casáronse poco tiempo después, y fueron tan felices como merecían serlo.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE NOVIEMBRE

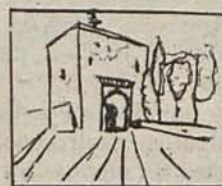
Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



El «auto» de Pinocho.
RAMÓN JARAQUEMADA.



Mi «Lulú».
LOLITA FERNÁNDEZ.



Pinocho en Granada.
FRANCISCO MARTÍN.



Pinocho busca lo que no encuentra.
EDUARDO RUS.



De rama en rama.
MATILDE VEGA.



Una escuadra en el Océano.
SANTIAGO DE LOS SANTOS.



—¿Qué buscas?
—Setas.
—Pues ten cuidado, que las hay venenosas.
—No importa; yo las quiero para venderlas.



Un marino.
MANUEL MENDÍVIL.



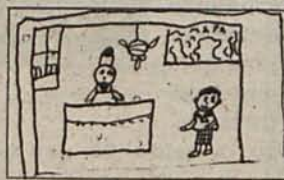
¡Alerta!
VÍCTOR FERNÁNDEZ.



Fútbol.
S. RECASENS.



Cuadro pinochista.
MANUEL PEDREGAL.



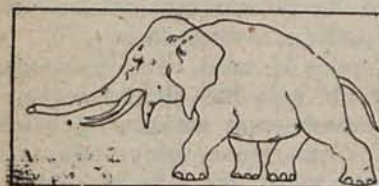
Exámen de Geografía.
LUISA SÁNCHEZ.



Ayer, por mi calle, pasaba un borrico.
JORGE GONZÁLEZ.



Vendiendo «La Voz».
MAKUEL MATORES.



Un elefante.
R. Y.



El alcalde de Valdezoquete.
CÉSAR F. LUENGO.



Encuentro poco agradable.
A. ORTIZ.



Personajes pinochistas.
JOSÉ L. FERNÁNDEZ.



Don Zenón y su toro.
PEDRO ORTEGA.



Un elefante.
PEPE S. DEL VALLADO.



Colin Wood.
J. V. RADAELLI.



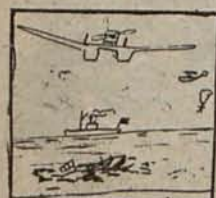
Casa de campo.
IRENE SILVESTRE.



El «Plus Ultra» sobre Montevideo.
CARLOS ZAMORA.



Mi cerdito.
FRANCISCO MONJE.



El «Santa María».
MATEO MILLE.



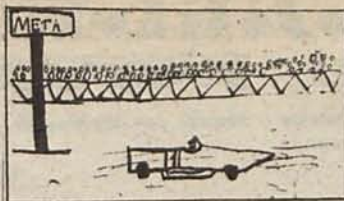
Un trasatlántico.
JUAN MARTÍNEZ.



Currinche en el baño.
J. GALÁN.



Mi casita del pueblo.
ANDRESITO R. DE LA ROSA.



Pinocho, vencedor.
JUAN RAMÓN LÓPEZ.



Flores.
MATILDE VEGA.



Pinocho.
EMILIO ISASA.



Niño jugando.
PILAR H. ROS.



Mi tocayo.
SIMÓN GARCÍA.

VALE por una
rebaja del 25 por
ciento a favor de mi
amigo el pinochista
Don.....
(1)

Pinocho

Todo Pinochista que compre
libros en la Editorial «Saturnino Calleja», S. A.,
obtendrá, presentando este
vale, una rebaja del 25 por
100, o sea la cuarta parte del
precio, o sea una peseta
de cada cuatro que im-
porte su pedido.

(1) Escribase aquí el nombre del Pinochista.



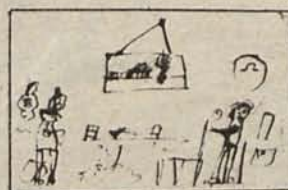
Patitos.
SALVADOR GÓMEZ DE VILLALAIN.



Currinche.
ANGEL DíEZ.



En el bar.
LUIS M.



En el comedor.
JUANITO MARTÍNEZ.



Pinocho.
MATILDE CASE-
LLO.



CORRESPONDENCIA



Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suma cincuenta céntimos en sellos.

Antonio Saceda.—Muy bien por tu lindo dibujo de don Cirilo y don Bermudo. Estás hecho un maestro del lápiz. Excuso decirte que en cuanto le toque salir a tu dibujo, saldrá en mi revista. Abrazos.

Antonio Sánchez.—Has batido el record de la simplificación con tu dibujo. Cuatro rayas y hete aquí la graciosísima figura de un... (Tu simplificación ha sido tanta que no me atrevo a decir quién es el personaje dibujado.) ¿Es un picador? ¿Es un vendedor de boquerones malagueño? ¿Es un muñeco de la verbena? En fin, sea quien sea, está resuelto con un acierto insuperable. A mi Revista irá en cuanto le llegue su turno. Y nada más, querido Antonio. Muchos y apretadísimos abrazos.

Juan Antonio Laiglesia.—Yo no tengo el altísimo honor de conocer personalmente al modelo que te ha inspirado el soberbio dibujo que me envías;

pero sí puedo asegurarte que si tiene esa cabeza (mucho más grande que todo el cuerpo), esos brazos (cortitos, curvitos y delgaditos) y esas manos (chiquitinas y con dos deditos nada más), será cosa de tomar el tren e ir a admirarlo en toda su auténtica realidad. Es cosa nunca vista. Es decir, nunca vista hasta este precioso momento de tu revelación. Colosales abrazos de

Pinocho

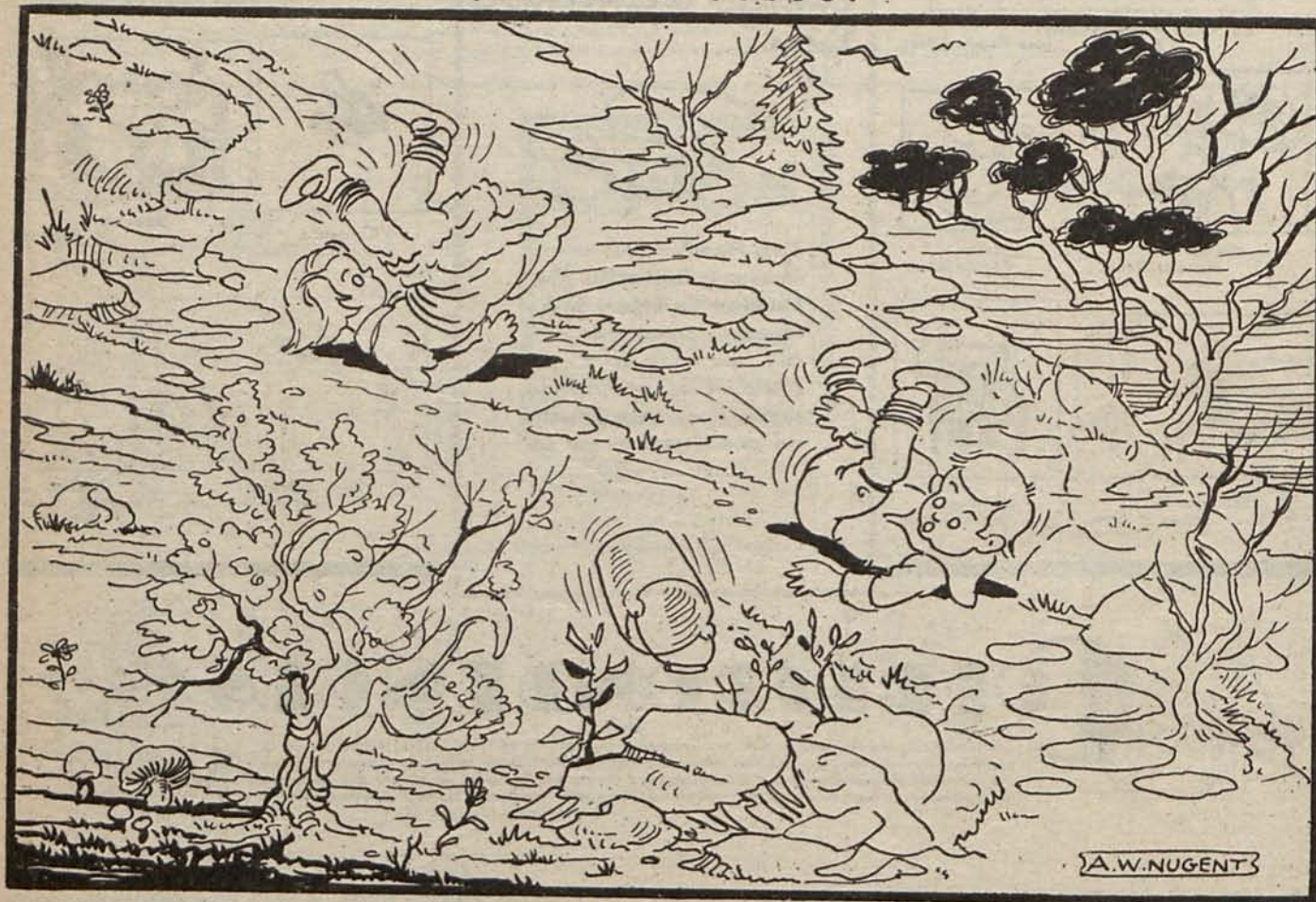


CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

DEL MES DE NOVIEMBRE

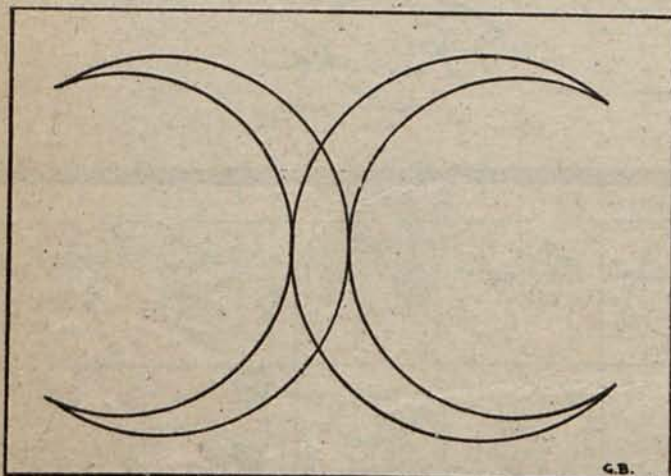
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

¡EL GRAN SUSTO!



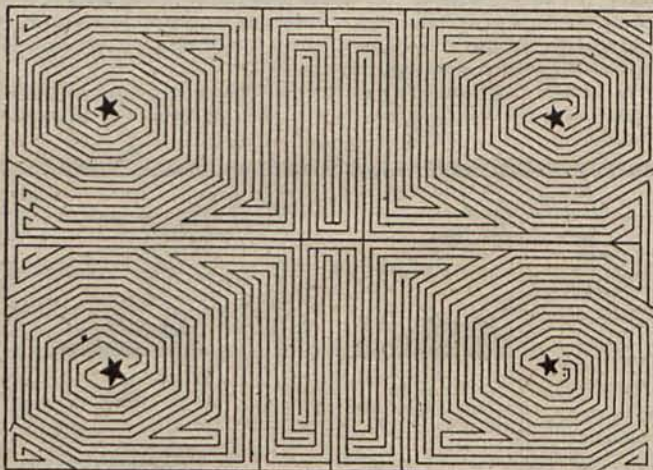
Pepín y Juanita iban una vez por un camino, cuando, de pronto, oyeron balar a una cabra, gruñir a un cerdo y mugir a una vaca. Miraron en todas direcciones, y no vieron ni vaca, ni cerdo ni cabra. Tan gran susto llevaron que cayeron de espaldas. ¿Dónde se hallaban la vaca, el cerdo y la cabra?

DIBUJO COMPLICADO



He aquí dos medias lunas, o mejor dicho, dos lunas en cuarto menguante, que tenéis que dibujar de un solo trazo sin levantar el lápiz del papel y sin pasar el lápiz dos veces por el mismo trazo.

LABERINTO



La solución de este laberinto consiste en visitar las cuatro plazoletas o términos de camino señalados con una estrella. Hay varios caminos a recorrer. ¿Cuáles son?

PLANTILLA remitida por

D.

Población

Calle núm.

Provincia

NÚMERO ELEGIDO

--	--	--	--	--

Debe recibirse antes del día 10 de diciembre de 1927.

Aquí se pega el	Aquí se pega el	Aquí se pega el	Aquí se pega el
Cupón número 1. Aquí se pega el	Cupón número 2. Aquí se pega el	Cupón número 3. Aquí se pega el	Cupón número 4. Aquí se pega el
Cupón número 5. Aquí se pega el	Cupón número 6. Aquí se pega el	Cupón número 7. Aquí se pega el	Cupón número 8. Aquí se pega el
Cupón número 9. Aquí se pega el	Cupón número 10. Aquí se pega el	Cupón número 11. Aquí se pega el	Cupón número 12. Aquí se pega el
Cupón número 13.	Cupón número 14.	Cupón número 15.	Cupón número 16.

VÉANSE LAS INSTRUCCIONES PARA EL USO DE ESTA PLANTILLA EN LOS NÚMEROS ANTERIORES

Sección Pirula



PIRULA, MODISTA

Delantales sencillos.—Bordáis ya, Pirulindas encantadoras, como los propios ángeles; hacéis unas vainicas primorosas; tampoco en costura

estáis mal: vuestros dobladillos son perfectos; los ojales... son vuestro punto flaco; pero otros hay peores, ciertamente.

¿No os parece que ya es hora de que vayáis aprendiendo a cortar? Ya os oigo exclamar indignadas: «¿Acaso se ha creído Pirula que yo no he cortado nunca nada? Pues, ¿quién más que yo cortó el faldón de mi muñeco llorón? ¿Y el vestido rosa de mi muñeca Lily? ¿Y la capa de terciopelo de mi Titina?»

Ya, ya; pero yo me refería ahora a cortar prendas *en serio*; prendas para vosotras mismas...

¡Ay! Ahora es mamá la que se indigna y frunce el ceño; ya se os está imaginando armadas de unas tijeras enormes y destrozando la tela destinada a vuestro abrigo de invierno o a vuestro trajecito de vestir. ¡Y todo por seguir los consejos de Pirula!

¡Como si Pirula pudiese nunca dar a sus lectoritas consejos tan peligrosos!

Lejos de mí la idea de meteros en camisa, quiero decir en vestido de once varas. Si seguís mis indicaciones, la única tela que podéis destrozarse —y tengo para mí que no destrozareis ninguna— será, en todo caso, algún trozo de cretona o de bayeta que mamá, tras de rebuscarlo en el talego de los trapos, os confíe para vuestra primera tentativa de corte «serio».

Con tan modesto material realizaréis nada menos que uno de estos preciosos delantales, que son tan fáciles de cortar como bonitos, hasta el punto de que la lección será menos provechosa que agradables sus resultados.

Al hablar de facilidad de corte me refiero a los dos primeros modelos; el tercero ofrece más dificultades y, por ahora, es preferible buscar para su ejecución manos algo más expertas que las vuestras, monisimas Pirulindas.

El primero de estos delantales se compone de un simple rombo, al cual se le corta una punta que servirá para hacer el bolsillo; el segundo se compone de un cuadro para la parte superior y un rectángulo para la parte inferior.

Elegiremos uno u otro, según sea nuestra tela. Si es algo gruesa o rígida —bayeta o cretona, por ejemplo—, convendrá más al primero; si es airosa y fina —vuela de algodón—, la destinaremos al segundo.

Para este modelo la vuela de algodón ofrece dos ventajas: la primera es que se presta a ser fruncida, lo cual aumenta la gracia del delantalito; la segunda es que no hay tela más cómoda para cortar al hilo, ya que para ir derecho, sin torcerse, basta con sacar un hilo previamente.

¿Se tranquilizó ya mamá? Pues para mayor seguridad, esta prudente Pirula os aconseja que realicéis primero el delantal elegido en pe-

queño, o sea para la muñeca. ¿Que sale bien? Pues ya sabéis que estáis aptas para realizarlo también en grande.

En esto de «grande» no deja de haber su poco de exageración; he querido decir a vuestra medida, que no es, precisamente, inmensa, ¿verdad? Ahora que a mí me parecéis unas gigantes, puesto que yo soy una muñequita pequeña y no creceré nunca, nunca.

CHARLAS DE PIRULA... REPOSTERA

Pastas alemanas para té «Dampfnudel».—¡Poco orgulloso que se está poniendo Pepin, el hermano de Marité! Y todo porque ha entrado en el primer año de bachillerato, y puesto a elegir entre idiomas extranjeros, ha elegido el alemán y se sabe ya hasta tres o cuatro pala-

bras, tales como *ya, nein, piano, kaffee*.

—Total —declara Marité, que no quiere dejar ver que está deslumbra-da por tanta sabiduría—, es casi como el español.

—¡Tú qué sabes! —dice Pepin desdeñoso—. Ya quiere decir en alemán «sí», y café se escribe con *k* y con dos *f* y con dos *e*. ¡Nada! ¡Una tontería de palabra!

Pues bien, yo le voy a enseñar a Marité, y a todas vosotras de paso, una palabra alemana mucho más difícil y rara que todas las que sabe Pepin, y es *Dampfnudel*. Y para que no se os olvide nunca, nunca, añadiré que es el nombre de ciertos pastelitos riquísimos, muy propios para servirlos con el té, de los cuales os voy a facilitar en seguida la receta.

Se diluyen cuatro yemas con cuatro cucharadas de levadura, treinta y cinco gramos de azúcar molida y un cuarto de libra de mantequilla derretida en un vaso de leche templada. Se añade medio kilo de harina y se forma una masa consistente, a la cual se le da la forma de un rollo en rajas del grueso de un dedo, se colocan sobre una placa untada de mantequilla y se dejan durante media hora a una temperatura no muy elevada. Cuando los pastelillos empiezan a hincharse se coloca la placa en el horno, no muy caliente, y se deja hasta que se doren.

Si se quieren utilizar los *dampfnudels* para el té, se sirven, así dorados, en frío. Si se prefiere comerlos de postre, se les echa encima, al sacarlos del horno, un vaso y medio de leche azu-

carada, que los pastelillos absorben rápidamente; entonces se sirven en caliente, espolvoreados con azúcar y canela.

Yo os respondo de que en cuanto hayáis probado estos exquisitos pastelillos alemanes tendréis del idioma de Goethe una idea, si no más completa, en todo caso bastante más sabrosa que el pedantismo Pepin.

Huelga decir que eso del «idioma de Goethe» lo hubiera explicado, a no tratarse de niñas tan cultas como vosotras, recordando que Wolfgang Goethe fué un glorioso escritor alemán, quizá el más grande de todos, que murió a mediados del siglo pasado y ha dejado, entre otras obras célebres, las llamadas *Fausto, Werther, Hermann y Dorotea*, etcétera..., etcétera.

Nada de esto ignorabais, que no hace falta para saberlo aprender el alemán, estar en primer año de bachillerato... ni llamarse Pepin.

